

Una tertulia sobre Budô



Kenshinkan dôjô 2014

Cada tarde entraba en el Café Gijón con un libro bajo el brazo, con la intención -primera y última- de disfrutar de unas horas de sosegada lectura en compañía del sempiterno café con canela. Sí, como en los tiempos de Cela, allá, por los años cuarenta del pasado siglo, manteniendo contra viento y marea el ánimo firme de llegar, algún día, a escribir un texto de altura o, en el mejor de los casos, un poema relevante.

Llegada la antesala del ocaso, si las miradas incisivas lo demandaban a gritos, me pedía otro café y, si mis posibilidades económicas no me lo permitían en aquel preciso momento, hacía lo propio, pero esta vez reclamando un vaso de agua. Así, tal cual, defendiendo mi humilde postura, quijotesco y altanero, desafiante y seguro. Una vez más, como Cela y sus adláteres en *La Colmena*.

Algunos días, en ausencia de libros, marchábamos –previo paseo arriba y abajo por *Recoletos*- a zambullirnos directamente en las tertulias. Recordábamos otras –aquellas, sí- magistrales: las de los Cafés Pombo, París o Comercial, imaginando siempre las ocurrencias del gran Gómez de la Serna, la lírica vertida en su interior por los del 27, la novela de la generación de la posguerra o la poesía de los cincuenta.

Al volver a Badajoz, después de pasar cerca de un año en Madrid, me sumé a la iniciativa de un grupo de amigos, decididos, todos, a crear en nuestra Ciudad una Asociación, que llevaría por nombre: *Asociación Cultural para el Fomento del Budô Tradicional*.

Corría mil novecientos noventa y con aquella propuesta nuestro camino en torno a las Artes Marciales Tradicionales encontraba un cauce más de expresión. En efecto, aquella Asociación sacó adelante algunos de los mayores hitos de organización que han podido ver la luz en nuestra Comunidad Autónoma, entre ellos -quizá el más sustancial- el *Gasshuku* de Karate-dô con Tetsuhiko Asai Sensei, entonces -antes de crear su propia organización internacional- Director General de la *Japan Karate Association*.

Una de las primeras propuestas que acometió el grupo de estudio recién constituido fue la formación de una Tertulia, que tendría como punto de encuentro y reunión uno de los cafés más populares de Badajoz. En él, una

vez por semana, nos dábamos cita para departir con vehemencia y pasión nuestras tesis en relación al Budô y al Bujutsu. Proponíamos un debate hasta agotarlo, para después pasar a compartir las últimas lecturas, los últimos escritos, las últimas ideas. Fue un tiempo muy productivo, en el que surgieron conceptos nunca antes imaginados, se abrieron nuevos cauces de investigación, aportamos nuevas formas de trabajar, y descubrimos nuevos horizontes de libertad, para hollarlos con pasión y continuar progresando en esa Vía que tanto amábamos.

A mi juicio, el Budô necesita entenderse dentro de un dôjô, con una práctica diaria, diligente y sincera; además, considero necesario -y casi imperativo- reflexionar sobre su naturaleza, su historia, filosofía y espiritualidad. Esto, claro, utilizando la dialéctica -esa ciencia que permite la escucha equilibrada de los antagónicos, animada por el firme propósito de encontrar caminos que posibiliten la confluencia o, al menos, el entendimiento, de los adversarios de opinión- un arte que ha de saberse instalar entre nuestros parámetros y, más adelante, asentarse en nuestros corazones.

Ya los griegos -con Heráclito y Zenón, seguidos de Aristóteles y Platón- debatían su filosofía para afinar así su dirección. Sin miedo a escuchar lo diferente, muchos otros pensadores insignes escribirían sus mejores páginas acotando ese Arte Mayor: Hegel es un gran ejemplo de ello.

En ocasiones, el miedo a la palabra está motivado por la imposición del pensamiento único: un mal endémico que puede instalarse en nuestra rutina, eliminando cualquier otra posibilidad de ser, interpretar o vivir nuestra práctica diaria del Budô, siendo esto una entelequia engañosa, pues ciertamente no existe una dirección única -la que observamos- ni siquiera la antítesis de ella -la propuesta por otros; la verdad a la que aspiramos está siempre situada más allá de estas dos polaridades y su descubrimiento ha de incluir la voluntad de ambos extremos.

El secuestro de la palabra puede esconder otras razones, entre ellas: el miedo a la libertad, la falta de amor, la perspectiva menor del camino trazado e, incluso, el desconocimiento de la materia a la que dedicamos nuestro tiempo y esfuerzo.

Defender lo diferente a través, sólo, de la palabra es, en sí mismo, una forma de Arte. El miedo a la libertad es la negación de la pluralidad; la falta de amor es la ausencia de confianza en el propio y personal camino; la perspectiva menor es indicativa de una práctica primaria y superficial; el desconocimiento del Arte comienza por su acotamiento: son imposibles las fronteras en lo que es, casi, casi, un proceso ilimitado.

Es difícil encontrar un dôjô donde se practique el arte de la palabra, pero opino que esa gran oportunidad habría de ser materia de obligado cumplimiento para reforzar la higiene mental de una Escuela de Budô, pues establecer un encuentro de opiniones, contrastar pareceres y abrir posibilidades de interpretación, en relación al trabajo y a su concepción, serán siempre indicativos seguros de la existencia de una vida palpitante en su seno.